

de Nuestra Señora que él mismo había fundado á alguna distancia del monasterio, hizo construir nuevos cuartos en el mismo territorio de Sithieu, cerca de esta iglesia, y trasladó á ellos los monjes del convento viejo, que todo él se reducía á algunas malas celdillas, y este nuevo monasterio se dedicó con el nombre de la santísima Virgen y con el de san Pedro.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro santo acudieron al monasterio de Sithieu los señores mas calificados para pasar el resto de la vida en ejercicios de penitencia y de virtud bajo su magisterio y disciplina. Subió tanto su número, que, no siendo tampoco ya bastante el nuevo monasterio, fué preciso pensar en fundar otro tercero mas capaz, como efectivamente le fundó el santo en el castillo de Wormhault, que liberalmente le ofreció un señor llamado Hermar, y el santo abad le puso bajo la proteccion de san Martin, que fué tambien el titular de la iglesia.

Acompañaba san Bertin sus exhortaciones con sus ejemplos, y tuvo el consuelo de ver copiar á aquel gran número de monjes en el desierto de Sithieu los grandes modelos de penitencia, de observancia y de rigor que se creian encerrados para siempre en los desiertos de la Palestina. Sintióse muy decaido de fuerzas corporales, y totalmente oprimido por el peso de sus rigores y de su extrema vejez, quiso absolutamente renunciar la prelación para tener el consuelo de vivir y morir con dependencia y con subordinacion. Renuncióla con efecto en manos de su querido discípulo Rigoberto, dedicándose á solo Dios en su vida privada, para lo cual se retiró á una ermita consagrada á la santísima Virgen cerca del cementerio de los monjes, donde pasaba en oracion los dias y las noches.

Había entregado toda su confianza á nuestro santo

el conde Walbert, y ningun año dejaba de visitar muchas veces la iglesia del monasterio para confesar y comulgar y cumplir con sus devociones. Acabando un dia de comulgar, recibió una carta que le estrechaba para que se volviese luego á su casa, y con la priesa partió sin tomar la bendicion del santo como lo acostumbraba. Admirado un monje llamado Dodo del precipitado viaje del conde, significó su extrañeza á san Bertin, quien le respondió arrancando un profundo suspiro: *¡Ay Dios! ya el Señor le castigó, y harto severamente.* No bien acabó de pronunciar estas palabras el siervo de Dios, cuando llegó un criado del conde, y arrojándose á sus piés, le rogó que se compadeciese de su amo, el cual había caido del caballo y estaba medio muerto, molido todo el cuerpo, y ya casi espirando. Mandó Bertin que le trajesen un poco de vino, que tambien se halló allí milagrosamente; y echándole la bendicion, le envió al enfermo, el que apenas le probó cuando quedó enteramente sano, y él mismo fué á pedir al santo la bendicion juntamente con el perdon de su falta.

Pasó san Bertin el resto de sus dias en contemplacion, sujetándose por otra parte, como pudiera un novicio, á todos los ejercicios de la observancia regular; y en fin, despues de haber vivido algunos años sin otro pensamiento que el de prepararse para la muerte, la logró feliz el dia 5 de setiembre del año 709 á los 96 de su edad, ó, segun algunos, á los 112. Fué enterrado en la iglesia de san Martin, donde manifestó Dios su santidad con gran número de milagros. El año de 846, temiendo Fulquin, obispo de Teruena, que hurtasen este tesoro, le escondió, y no fué descubierta hasta 204 años despues. Colocáronse sus reliquias en una urna de plata guarnecida de oro y piedras preciosas, en la cual se conservan expuestas á la veneracion de los fieles.

SAN EUGENIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Después de la muerte de san Deogracias, que sucedió en el año 457, estuvo sin obispo la iglesia católica de Cartagena del Africa 24 años, gimiendo los fieles bajo el insupportable yugo de los Vándalos, implacables perseguidores, que juntaban á la condicion de bárbaros el espíritu de herejes. Sucedió en el año 476 ó 477 á su padre Genserico el rey Hunerico, hombre sumamente cruel, y de tan desenfrenada codicia, que dió muerte á todos sus hermanos, para que en ningun tiempo pudiesen aspirar á aquel imperio. Afectó en los principios alguna moderacion para con los católicos, concediéndoles el libre uso de su religion, y consentió á ruegos del emperador Zenon en que se eligiese un obispo católico en Cartago, aunque con ciertas condiciones violentas, que admitió el pueblo impaciente de verse tantos años sin pastor.

Fué elevado á aquella cátedra por universal consentimiento Eugenio, conocido por su eminente virtud y su gran sabiduría; cuya eleccion colmó tanto de gozo á todos los católicos, que al parecer no sentian ya los males de la dominacion bárbara que sufrieron tanto tiempo. La irreprehensible conducta del santo pastor le atrajo bien presto la veneracion aun de aquellos que no eran de la comunión ortodoxa. Proporcionóle Dios medios de hacer tan crecidas limosnas, que no era posible comprender cómo podía sostenerlas en un tiempo tan calamitoso, en que los bárbaros se habian apoderado de todas las rentas de la Iglesia. Añadidas á esta admirable caridad su modestia, su humildad, su dulzura y su afabilidad, estaba edificado todo el pueblo al ver la singular piedad y excelentes virtudes que brillaban en Eugenio.

Como la conducta del santo pastor era en todo conforme con el espíritu del Evangelio, y se extendia su reputacion por todas partes, concibieron los Arrianos tanta envidia, y con especialidad Cirila ó Cirola, á quien miraban como patriarca de su secta, que no hubo calumnia que no inventasen para hacerle odioso al rey Hunerico, á quien persuadieron que era conveniente á la tranquilidad del pueblo y del estado el que Eugenio no predicase la palabra de Dios sentado en la silla episcopal, ni el que permitiese entrasen en la iglesia hombres y mujeres vestidos á la Vándala. Representó el santo, luego que se le intimó la orden del rey conforme á las persuasiones de los herejes, que, estando la casa de Dios abierta, no podia expeler de ella á los que venian á orar y á instruirse en la doctrina cristiana; y mucho menos á los que vestian segun el uso de la nacion, siendo como eran vasallos del rey. Irritó á Hunerico aquella justa representacion de tal manera, que de su orden se pusieron centinelas á la puerta del templo, que prendian por la cabeza con garfios de hierro á los hombres y mujeres, que con ropas vándalas veian acercarse al templo, quitando cruelmente la vida á muchos de ellos.

Estos fueron los principios de la horrible persecucion que aquel bárbaro principe suscitó poco después contra la Iglesia católica, mayor, si cabe, que las mas sangrientas de los paganos; en la que desterró de un golpe cerca de cinco mil personas, sin tener compasion de la edad, del sexo, del estado, ni aun de los enfermos, haciendo sufrir á todas las vírgenes consagradas á Dios los mas crueles tormentos y vergonzosos insultos. No satisfecho su inhumano corazón con tan lastimoso estrago, buscó medio para extinguir de una vez el cuerpo místico de la Iglesia católica. Incitado por los Arrianos en el año séptimo de su reinado, hizo que se leyese en la iglesia de Cartago, donde

celebraba Eugenio los misterios divinos, cierto edicto en que ordenaba se juntasen los obispos católicos con los Arrianos en Cartago, para disputar sobre el punto de la controversia, con obligacion de probar los ortodoxos la expresion *Consubstancial* por las santas Escrituras, bajo el conocimiento de que esta voz ó la de *homousion* no se hallaba literalmente en los libros sagrados, aunque sí muchas sentencias justificativas de su concepto. Resolviéron los prelados que Eugenio, como su cabeza, expusiera al rey lo que estimase conveniente, á fin de eludir el perverso designio que disfrazaba el decreto. Hizolo el santo por medio de un escrito breve, pero portentoso, por el que representaba que los católicos ni temian, ni rehusaban la disputa; pero que era preciso participarla á los obispos ultramarinos, pues la causa era comun á toda la Iglesia, ó á lo menos se le permitiese consultar con la silla apostólica, para que como cabeza y matriz de todo el orbe cristiano, les manifestase sus sentimientos acerca del artículo de la controversia. La razon secreta que tenia nuestro santo para obrar de este modo, no era porque faltasen en el Africa obispos capaces de refutar las objeciones de los Arrianos, sino poner el negocio en términos de hacer acudir á Cartago otros prelados, que, no estando sujetos á la dominacion de los Vándalos, pudiosen hablar con mas libertad, y hacer saber á todo el mundo la opresion, bajo la cual gemian en el Africa los católicos. Pero mal satisfecho Hunerico con la representacion de Eugenio, empleó su indignacion en atormentar sin medida á los obispos mas sabios, desterrando á unos con privacion de todos los auxilios necesarios, y mandando quitar la vida á otros, todo con el fin de facilitar á los de su secta la victoria que se prometia en la disputa pública que tenia indicada.

En este tiempo obró el santo el prodigio de dar

vista á un ciego; y divulgado el milagro por toda la ciudad, mandó Hunerico prender al ciego para saber de él la verdad del suceso. Pero no pudiendo los Arrianos eludir aquella maravilla, que, por ser tan pública, dió nuevo realce á la santidad de Eugenio, persuadieron al bárbaro principe que todo era una ilusion mágica del obispo de Cartago, por lo que, montando en cólera, se inclinó á perderle como á un mago encantador; mientras los sectarios por otra parte buscaron medios de quitar la vida al ciego por un motivo semejante al que tuvieron los Judíos, cuando quisieron matar á Lázaro resucitado por Jesucristo.

Despues de estos sucesos, llegó en fin el dia de la conferencia en el lugar que señalaron los Arrianos. Los católicos por evitar todo tumulto y confusion eligieron diez de ellos, para que hablasen en nombre de todos. Sentóse Cirila, pretendido patriarca de los sectarios, escoltado de una multitud de satélites en un trono eminente á presidir la asamblea, dando lugar con sus tropelías á que los demás se quejasen de que queria tratárseles con espíritu de dominacion, y forzar la libertad que debe intervenir en los juicios. Las resultas de estos justos sentimientos, y de la representacion que Eugenio hizo, sobre que tratase el negocio tranquilamente sin los alborotos que ocasionaban los Arrianos, no fueron otras que las de mandar Hunerico que se diesen cien palos á cada uno de los obispos católicos. Sufrieron aquellos prelados con heroica paciencia el infame castigo; pero ni esta desusada pena, ni otras mayores con que fueron conminados, los intimidó para dejar de querer que se terminase la controversia. Dijeron los Arrianos á su patriarca que propusiese; y se excusó con que no sabia la lengua latina, siendo así que jamás habia sabido otra. Viendo que los católicos estaban preparados

para el combate mas de lo que creía, lo evitó con toda suerte de artificios.

Eugenio, que tenia previsto lo que sucederia, y que no estaba en disposicion el inicuo patriarca de entrar en disputa, por mas que presuntuosamente aparentase quererla, tenia dispuesta una confesion de fe que puso en sus manos. Aturdido este con los de su secta al oír leer un escrito que les imponia perpetuo silencio, á pesar de los gritos que les daba su conciencia, recurrieron al rey, y en tono de queja le dijeron un millon de falsedades de los obispos católicos. No habia esperado este príncipe las nuevas calumnias para determinarse sobre lo que tenia resuelto hacer contra la Iglesia. Tenia ya formado su cruel edicto, el que dirigió secretamente á diversas provincias, mientras los obispos estaban juntos en Cartago, mandando que en un mismo dia se cerrasen todas las iglesias de los católicos, y que se extrajesen todos sus bienes. Y aunque quiso se suspendiese la ejecucion hasta dar tiempo para que deliberasen los prelados sobre los ofrecimientos que les habia hecho de conservarlos en todos sus derechos, si abrazasen su secta; luego que supo lo ocurrido en el congreso, mandó que los obispos católicos que estaban en Cartago, fuesen despojados de todo cuanto tenian, y echados de la ciudad, con prohibicion á toda clase de personas de asistirlos ó alimentarlos, bajo pena, al que tuviera esta compasion, de ser quemado en su propia habitacion con toda su familia.

Como san Eugenio era el principal jefe que sostenia la verdad católica, experimentó con mas rigor los efectos de la inicua providencia. Aunque algunos escritores señalan por causa de su destierro á Trípoli diversos motivos; otros creen que fué efecto de la conferencia particular que tuvo en presencia del rey con los Arrianos, en la que los confundió prodigiosa-

mente, y de un nuevo milagro con que descubrió el artificio de los herejes, que quisieron aparentar igual gracia que la del siervo de Dios. El hecho fué, que Cirila, patriarca de los sectarios, habiendo pagado á un hombre, para que hiciese el ciego, le instruyó en lo que debía hacer y decir, puesto en el sitio que le señaló para hacer público el suceso. Así concertado el fraude, acompañado Cirila de san Eugenio y otros obispos, pasó como por acaso por el lugar donde estaba el fingido ciego, quien clamó al patriarca, ponderando su virtud, para que le restituyese la vista; y fingiendo Cirila compasion le dijo: para prueba de que la fe que profesamos es verdadera, tus ojos sean abiertos. Cuando esperaba el hereje los aplausos de su pretendida maravilla, permitió Dios, para que se descubriese la impostura, que aquel hombre quedase efectivamente ciego, quien, acongojado de que así le castigaba por su engaño el cielo, pidió á Dios perdon, y refirió públicamente toda la ficcion del Arriano. Eugenio, que halló ocasion de desengañar con este motivo á los incrédulos, levantó su corazón á Dios, tocó los ojos de aquel miserable, hizo sobre ellos la señal de la cruz, y recuperó la vista al momento. Supo Hunerico todo el suceso; y en lugar de concebir una justa indignacion contra los impostores, decretó el destierro de san Eugenio á los desiertos de Trípoli en las extremidades de la provincia Vizanzana.

Aunque los obispos Arrianos se ensangrentaban contra los católicos, ninguno de ellos era mas violento que Antonio, obispo de Tamala, ciudad inmediata al desierto donde estaba Eugenio. Era aquel un conocido delincuente, manchado con una multitud de crímenes detestables. Como era público su furor contra los católicos, le cometió Hunerico la guardia del santo obispo, y adelantándose á mas de lo que se le habia ordenado, encerró á Eugenio en una prision

horrenda; pero no osando teñir sus manos en la sangre del inocente, trató de darle una muerte lenta á fuerza de malos tratamientos y toda suerte de penaidades. En medio de tan infeliz suerte, olvidado el santo prelado de sus propios males, lloraba los que padecía su rebaño y demás católicos del Africa. Además de las lágrimas que derramaba, afligia su delicado cuerpo, atenuado con los trabajos y la vejez, con un áspero cilicio de que se hallaba cubierto, durmiendo sobre el desnudo suelo. Este tenor de vida verdaderamente austera y penitente, acompañado de las incomodidades que padecía en el calabozo, le hizo caer en una parálisis, que le puso en los umbrales de la muerte. Oyó Antonio la novedad con mucho gozo, y pasó á visitarle para recrear sus ojos en el espectáculo de dolores á que estaba reducido el venerable prisionero; y para acelerar su muerte hizo traer el vinagre mas fuerte que se pudiera hallar, del que mandó llenarle la boca por fuerza; pero Dios permitió que lo que debía acelerar los dias de su vida, sirviese del mas eficaz remedio para que recuperase la salud.

Hunericó consumido de pena por no haber podido ver la ruina de la Iglesia católica á pesar de los crueles medios, y la diversidad de arbitrios que habia tomado para la consecucion de este perverso intento; consternado de ver al Africa desolada por una horrible hambre que causaba la muerte de millares de Vándalos, murió infelizmente el dia 13 de diciembre de 484, comidas de gusanos todas las partes de su cuerpo, en los trasportes de un frenesi espantoso que le hizo arrojar las entrañas por la boca. Sucedió á este tirano su sobrino Gustabondo ó Gundesbondo, quien, dejando resfriar la persecucion insensiblemente, dió lugar á Eugenio, para que volviese á su iglesia, donde el dignísimo prelado se esmeró con infatigable zelo en reparar las ruinas que los enemigos habian causado

en su rebaño todo el tiempo de su destierro. Tuvo la felicidad de hallar en el papa Félix un excelente cooperador, que le envió diferentes favorables expedientes para recibir á penitencia á los que habian caido durante la persecucion, despues de deliberado el asunto en el Concilio que celebró en Roma en el año 488. Aunque Gustabondo tuvo una grande consideracion á las virtudes de Eugenio, mayor de lo que se podia esperar de un príncipe arriano, manifestando en no pocas ocasiones que por respeto á tan eminente obispo no estaba distante de favorecer á los prelados católicos, á quienes con efecto restituyó á sus iglesias del destierro en que se hallaban; con todo no le dejaban á Eugenio gozar paz en medio de su grey los herejes arrianos, haciendo los mayores esfuerzos para malquistarle con el rey. Esto dió motivo al papa Gelasio de decir á los obispos de Dardania que el santo prelado padecía actualmente una especie de persecucion de los herejes en el reinado de Gustabondo, que era en el tiempo de su pontificado.

Parecia poder prometerse la iglesia del Africa una paz sólida en el reinado de Gustabondo, cuando fué arrebatado del mundo en el año 495, dejando por sucesor de la corona á su hermano Transamundo. Este nuevo rey de espíritu mas lijero, y menos sentido que su antecesor, dominado de los prelados de su secta, volvió á abismar á la Iglesia católica en las mismas aflicciones que le habia causado su tio Hunericó. Por esta causa no pudo permanecer el santo mucho tiempo en la silla de Cartago despues de la eleccion de aquel príncipe, el cual, no pudiendo resistir las sugestiones de los herejes, le hizo salir desterrado de todos sus dominios. Retiróse Eugenio á Albi, ciudad de Aquitania en los confines de la Galia Narbonense, donde encontró bastante quietud para esmerarse su zelo en la ereccion de un monasterio en la ciudad de

Vians, en el que formó discípulos imitadores de sus virtudes. Allí vivió algun tiempo, hasta que, consumido de trabajos y del rigor de sus penitencias, murió con la muerte de los santos en el día 6 de setiembre del año 505. Su venerable cuerpo fué sepultado en el mismo lugar cerca del túmulo de san Amarand mártir, donde permaneció hasta el año 1404, en el que Luis de Amboise, obispo de Albi, le trasladó con las reliquias de otros santos á la catedral de santa Cecilia, donde se le tributa la veneracion correspondiente.

Genario Marsella ha puesto á nuestro santo en el orden de los escritores eclesiásticos, cuyos escritos le han dado á merecer esta graduacion, pues son verdaderamente monumentos inmortales de su gran sabiduria, de su pureza, de su fe y de su zelo apostólico. Son estos una exposicion de la fe católica, que contiene todo el tercer libro de la Historia que san Víctor de Vite compuso de la persecucion de los Vándalos; un Apologético en defensa de la misma fe; una Carta Pastoral que escribió á su pueblo al partir para su primer destierro, que nos ha conservado san Gregorio Turonense en la Historia de Francia; un Tratado Historial y Dogmático, bajo el título de Altercacion con los Arrianos; un discurso al rey Hunerico, de que hace mencion el mismo Víctor de Vite, impreso en Paris en 1693, á expensas del padre Don Thiers Ruinart, de la Congregacion de San Mauro.

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Zacarias, profeta, quien, habiendo vuelto muy avanzado en edad de Caldea á su patria, murió luego y fué enterrado al lado del profeta Egeo.

En el Helesponto, san Onesiforo, discipulo de los apóstoles, de quien habla san Pablo en su epístola á Timoteo, el cual, habiendo sido cruelmente azotado

en tiempo de san Porfirio, de orden del procónsul Adriano, y arrastrado luego por unos caballos briosos, entregó su alma al Criador.

En Alejandria, el suplicio de san Fausto, presbítero, san Macario y diez compañeros de ambos, quienes, bajo el emperador Decio y el presidente Valerio, consumaron su martirio siendo decapitados por el nombre de Jesucristo.

En Capadocia, san Cótida, diácono, san Eugenio y compañeros de los dos, mártires.

En Africa, san Donaciano, san Presidio, san Mansueto, san German y san Fúsculo, obispos, quienes, habiendo sido cruelmente apaleados en la persecucion de los Vándalos por el mantenimiento de la verdad católica, fueron luego desterrados por orden del rey arriano Hunerico. Entre ellos un obispo llamado Leto, hombre denodado y muy instruido, fué quemado vivo, despues de haber sufrido largo tiempo las incomodidades de la cárcel.

En Verona, san Petrono, obispo y confesor.

En Roma, san Eleuterio, abad, santo siervo de Dios, quien, segun testimonio de san Gregorio papa, resucitó un muerto con su oracion y lágrimas.

En el Monferrat de Alba, san Frontinan, mártir, natural de Carasona.

Cerca de Sens, san Sanciano, venerado como mártir.

Junto á Dreux, santa Eva, virgen.

En Metz, san Gondolfo, obispo.

En San Julian de Bourges, san Salfiero, confesor. En Roma, el natalicio de san Eleuterio, papa, enterrado en el camino de Sel, á cincuenta millas de la ciudad.

En Rege del Modenés, santa Consolata, venerada como virgen y mártir en una iglesia de su nombre.

En Irlanda, san Dácona, confesor.

Dicho dia, san Jassai, rey de Etiopia.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Bertini abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Bertin abad nos, haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia I, pág. 41.

NOTA.

« Toda esta epistola, sacada del capítulo 45 del » Eclesiástico, es un epilogo de la historia de Moisés, » cuyo elogio hace en pocas palabras; y al mismo » tiempo es un verdadero retrato de casi todos los » santos abades. Hase de ganar el corazon de los » súbditos con la prudencia, con el ejemplo y con la » dulzura; pero igualmente es menester teson y firmeza para gobernar con acierto. »

REFLEXIONES.

Dióle públicamente sus preceptos y su ley para arreglar su vida y sus costumbres. ¿Dirigiránse estas palabras solamente á las personas religiosas, á las almas devotas y á un corto número de fieles? ¿hay por ventura en nuestra religion dos diferentes tablas de la ley, dos distintas reglas de costumbres, ó dos evangelios contrarios uno de otro? Aunque esta pregunta en boca de un cristiano debe sorprender á cualquiera, ni es extraña, ni se hace sin grande fundamento. Porque si no hay una regla de costumbres para los poderosos, para la gente noble, para las damas jóvenes, para todos los que se llaman hombres del

mundo; si no hay, vuelvo á decir, para estos una regla de costumbres en todo diferente de la que el Evangelio prescribe generalmente á todos los fieles, ¿qué se podrá pensar ni esperar de su suerte eterna? Pues qué, aquellas dos hermanas, de las cuales una consagrada á Dios en el claustro religioso casi desde su niñez, sin haber perdido nunca la inocencia, pasa sus dias entregada á los rigores de la penitencia y de una perpetua cruz; mientras la otra, toda poseida del espíritu del mundo, y acaso en desgracia de Dios, pasa los suyos abandonada totalmente á los gustos, á las diversiones, á la profanidad, á los pasatiempos: dos vidas tan opuestas, tan contrarias, ¿reconocerán la misma regla de costumbres, estarán sujetas á unos mismos preceptos, profesarán un mismo evangelio, se confesarán obligadas á seguir una misma ley, un mismo espíritu y unas mismas máximas? Esto no solo trastorna nuestra fe, sino la misma razon natural y todo buen juicio. Pero dirás que el estado religioso es muy diferente de el del mundo; pero ¿qué se infiere de esta grande diferencia? Instituyóse el estado religioso para guardar mas perfectamente la ley de Jesucristo; para ponerse á cubierto contra los huracanes tan frecuentes y tan violentos, que abaten, que dan en tierra no pocas veces con los mas robustos colosos; para poner en práctica las lecciones que el mismo Jesucristo dió sin distincion á todos los fieles cristianos. Pero esté cuidado de la salvacion; estas prudentes precauciones para no pecar; esa aplicacion y ese deseo de agradar á Dios, ¿suponen acaso algun nuevo yugo, alguna nueva ley, ó alguna otra religion mas severa? Y por el contrario, la vida licenciosa, desarreglada y disoluta; la vida regalona, deliciosa y delicada, que es comun en los mundanos, ¿dispensa por ventura en la leyes mas esenciales del cristianismo? Si fuera así, no ha-

bria qué hacer en nuestra religion sino sacudir el yugo de su doctrina, violar sus mas sacrosantas reglas, no guardar sus mandamientos, y hacer todo lo contrario de lo que Jesucristo nos enseñó para tenernos por desobligados de arreglar nuestra vida por la pauta del Evangelio. ¿En qué lugar de la sagrada Escritura estará fundado este quimérico privilegio? ¿sobre qué autoridad estribará? ¿hallaráse un solo ejemplar de él en el inmenso catálogo de los santos? Luego en nuestra religion no hay mas que una sola regla de costumbres, una sola ley y un solo evangelio, el cual es el mismo para los seglares y para los religiosos, para los pobres y para los ricos. Hombres y mujeres del mundo, idólatras de las diversiones, de los gustos, de los pasatiempos, aplaudíos ya de vuestra disolucion, haced vanidad de esa licenciosa vida, y autorizadla con el voto y con la visible práctica de los mundanos y de los disolutos: ¡grandes documentos sin duda para justificaros en el tribunal supremo del soberano Juez! Y despues de esto, ¡aun no se querrá creer que es corto el número de los elegidos! Aun en el mismo estado de la religion se dispensa algunas veces en las obligaciones, en las observancias religiosas: se afectan privilegios fundados en la edad, en los méritos y en los empleos. Pero ¿dónde están los títulos de esos privilegios? En los santos religiosos, en aquellos grandes modelos que la Iglesia hace presentes á nuestra veneracion, lejos de encontrarse esas dispensas licenciosas, esos privilegios abusivos, solo hallamos que aumentaron su penitencia, que doblaron su fervor, que nunca fueron mas observantes que cuando mas iban creciendo en méritos, en años y en autoridad. ¡O buen Dios, y cuántos misterios de iniquidad hará patentes la muerte!

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo, y el mismo que el dia 1, pág. 14.

MEDITACION.

DE LAS DIVERSIONES DE LAS GENTES DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada causa mas admiracion que el ansia con que en el mundo se solicitan las diversiones, en medio de profesarse una religion que nada predica tanto como la cruz y la mortificacion. Los pasatiempos son el dia de hoy cosecha de todas las estaciones y de todas las edades. Ya no se pregunta si conviene á un cristiano pasar una vida delicada, ociosa y divertida: ¡cuántos cristianos miran hoy con cierta especie de lástima, y tienen por infelices á los que no se hallan en estado de entregarse á la delicadeza, á la ociosidad y á las delicias! Y en medio de eso, esos mismos cristianos que viven de esta suerte creen en nuestro Evangelio; es decir, que al mismo tiempo que viven totalmente abandonados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender que no es vida cristiana la delicada, la ociosa y la divertida; y que no puede ser discípulo de Jesucristo el que no carga con la cruz para mortificarse todos los dias. Busca, imagina, si puedes, otra contradiccion mas monstruosa. Con todo, esta es puntualmente la contradiccion que nos presenta la licenciosa conducta de la mayor parte de las gentes del mundo. ¿Y qué se ha de concluir de dos filosofias morales tan opuestas? pero ¿cuál será, Dios mio, el fin de estas espantosas contradicciones? Divertimonos, es verdad; pero ¿qué pecado es el divertirse? ¿qué mal hay en estas diversiones? El retirarse al campo es para respirar, es para desahogarnos un poco de las enfadosas ocupaciones de la ciudad: el otoño es el tiempo mas oportuno para disfrutar las inocentes diversiones